

ELEGIA A MARIA BLANCHARD *

* El manuscrito no lleva título. Respeto el que aparece en *OC*, I, p. 1092.

Copiamos directamente de una fotocopia del manuscrito, que está en el archivo particular de doña Josefina de la Serna, Madrid. Son seis hojas escritas a mano, más otra que lleva la dedicatoria «A mi querida amiga Josefina de Regino con la admiración y el cariño de Federico García Lorca, 1932» (Josefina de la Serna era esposa de Regino Sainz de la Maza). La página 5 del manuscrito está reproducida en facsímil en *Trece de nieve* 1/2, 2.^a ep., Madrid, diciembre de 1976, p. 138.

El manuscrito no lleva ningún título. Utilizo el que aparece en *OC*, I, p. 1092.

Señoras y señores:

Yo no vengo aquí ni como crítico ni como conocedor de la obra de María Blanchard, sino como amigo de una sombra. Amigo de una dulce sombra que no he visto nunca, pero que me ha hablado a través de unas bocas y unos paisajes por donde nunca fue nube, paso furtivo, o animalito asustado en un rincón. Nadie de los que me conocen pueden sospechar esta amistad mía con María Gutiérrez Cueto¹, porque jamás hablé de ella, y, aunque iba conociendo su vida a través de relatos originales, siempre volvía los ojos al otro lado, como distraído, y cantaba un poco, porque no está bien

¹ Sobre María Gutiérrez Cueto, cuyo nombre profesional fue María Blanchard, véase Ana Vázquez de Parga (ed.), *María Blanchard (1881-1932)* (catálogo de una exposición de 1976 en la Galería Biosca, Madrid) y Leopoldo Rodríguez Alcalde, *María Blanchard* (Madrid: Dirección General del Patrimonio Artístico y Cultural, 1975). Algunas de sus obras están en el Musée de la Ville, París, y en el de Arte Contemporáneo, Madrid.

que la gente sepa que un poeta es un hombre que está siempre, ¡por todas las cosas!, a punto de llorar.

¿Usted conocía a María Blanchard? Cuénteme...

Uno de los primeros cuadros que yo vi en la puerta de mi adolescencia, cuando sostenía ese dramático diálogo del bozo naciente con el espejo familiar, fue un cuadro de María. Cuatro bañistas y un fauno. La energía del color, puesto con la espátula, la trabazón de las materias, y el desenfado de la composición me hicieron pensar en una María alta, vestida de rojo, opulenta y tiernamente cursi como una amazona.

Los muchachos llevan un carnet blanco, que no abren más que a la luz de la luna, donde apuntan los nombres de las mujeres que no conocen para llevarlas a una alcoba de musgos y caracoles iluminados, siempre en lo alto de las torres. Esto lo cuenta Wedekind muy bien, y toda la gran poesía lunar de Juan Ramón está llena de estas mujeres que se acercan como locas a los balcones y dan a los muchachos que se acercan a ellas una bebida amarguísima de tuétano de cicuta.

Cuando yo saqué mi cuartilla para apuntar el nombre de María y el nombre de su caballo, me dijeron: «Es jorobada».

Quien ha vivido, como yo, y en aquella época, en una ciudad tan bárbara bajo el punto de vista social como Granada cree que las mujeres o son imposibles o son tontas. Un miedo frenético a lo sexual y un terror al «qué dirán» convertían a las muchachas en autómatas paseantes, bajo las miradas de esas mamás fondonas que llevan zapatos de hombre y unos pelitos en el lado de la barba.

Yo había pensado con la tierna imaginación adolescente que quizá María, como era artista, no se reiría de mí por tocar al piano «latazos clásicos» o por intentar poemas, no se reiría, nada más, con esa risa repugnante que muchachas y muchachos y mamás y papás

sucios tenían para la pureza y el asombro poético, hasta hace unos años, en la triste España del 98.

Pero María se cayó por la escalera y quedó con la espalda combada expuesta al chiste, expuesta al muñeco de papel colgado de un hilo, expuesta a los billetes de lotería.

¿Quién la empujó? Desde luego la empujaron, *alguien*, Dios, el demonio, alguien ansioso de contemplar a través de pobres vidrios de carne la perfección de un alma hermosa.

María Blanchard vino de una familia fantástica. El padre, un caballero montañés; la madre, una señora refinada de tanta fantasía que casi era prestidigitadora. Cuando anciana iban unos niños amigos míos a hacerla compañía, y ella, tendida en su lecho, sacaba uvas y peras y gorriones [de] debajo de la almohada. No encontraba nunca las llaves y todos los días tenía que buscarlas y las hallaba en los sitios más raros: por debajo de las camas o dentro de la boca del perro. El padre montaba a caballo y casi siempre volvía sin él, porque el caballo se había dormido y le daba lástima despertarlo. Organizaba grandes cacerías sin escopetas y se le borraba con frecuencia el nombre de su mujer. En esta distracción y este dejar correr el agua María Gutiérrez se iba volviendo cada vez más pequeña; una mano le tiraba de los pies y le iba hundiendo la cabeza en su cuerpo como un tubo de «don Nicanor que toca el tambor».

En este tiempo, que corresponde a la apoteosis final de Rubén, vi yo el único retrato de María que he visto y era una caricatura triste, no sé de quién, en la que está al lado de Diego Ribera, el pintor mejicano, verdadera antítesis de María, artista sensual, que ahora, mientras que ella sube al cielo, él pinta de oro y besa el ombligo terrible de Plutarco Elías Calles.

Es la época en que María vive en Madrid y cobija en su casa a todo el mundo, a un ruso, a un chino, a

quien llame en la puerta, presa ya de ese delicado delirio místico que ha coronado con camelias frías de Zurbarán su tránsito en París. La lucha de María Blanchard fue dura, áspera, pinchosa, como rama de encina, y, sin embargo, no fue nunca una resentida, sino todo lo contrario, dulce, piadosa y virgen.

Aguantaba la lluvia de risa que causaba, sin querer, su cuerpo de bufón de ópera y la risa que causaban sus primeras exposiciones, con la misma serenidad que aquel otro gran pintor, Barradas, muerto y ángel, a quien la gente rompía sus cuadros y él contestaba con un silencio recóndito de trébol o de criatura perseguida.

Aguantaba a sus amigos con capacidad de enfermera, al ruso que hablaba de coches de oro, o contaba esmeraldas sobre la nieve, o al gigantón Diego Rivera, que creía que las personas y las cosas eran arañas que venían a comerlo, y arrojaba sus botas contra las bombillas y quebraba todos los días el espejo del lavabo.

Aguantaba a los demás y permanecía sola, sin comunicación humana, tan sola que tuvo que buscar su patria invisible, donde corrieran sus heridas, mezcladas con todo el mundo estilizado del dolor.

Y a medida que avanzaba el tiempo, su alma se iba purificando y sus actos adquiriendo mayor trascendencia y responsabilidad. Su pintura llevaba el mismo camino magistral desde el cuadro famoso de la primera comunión hasta sus últimos niños y maternidades, pero atormentada por una moral superior daba sus cuadros por la mitad del precio que le ofrecían, y luego ella misma componía sus zapatos con una bella humildad.

La vida y pasión de Cristo fue tomando luz en su vida y, como el gran Falla, buscó en ella norma, dogma y consuelo. No con beatería, ni con una cruz política y anticristiana colgada pornográficamente sobre los senos, sino con obras, con grave dolor, con caridad, con inteligencia. Lo más español de María Blanchard es esta

busca y captura de Cristo, Dios y varón realísimo; no al modo de la fantástica Catalina de Siena, que se llega a casar con el niño Jesús y en vez de anillos se cambian los corazones, sino de un modo seco, tierra pura y cal viva, sin el menor asomo de ángeles o milagro.

Su cintura monstruosa no ha recibido más caricia que la de ese brazo muerto y chorreando sangre fresca, recién desclavado de la cruz.

Ese mismo brazo fue el que, lleno de amor, la empujó por la escalera para tenerla de novia y deleite suyo, y esa misma mano la ha socorrido en el terrible parto, en que la gran paloma de su alma apenas si podía salir por su boca sumida. No cuento esto para que meditéis su verdad o su mentira, pero los mitos crean al mundo, y el mar estaría sordo sin Neptuno y las olas deben la mitad de su gracia a la invención humana de la Venus.

Querida María Blanchard: dos puntos... dos puntos, un mundo, la almohada oscurísima donde descansa tu cabeza.

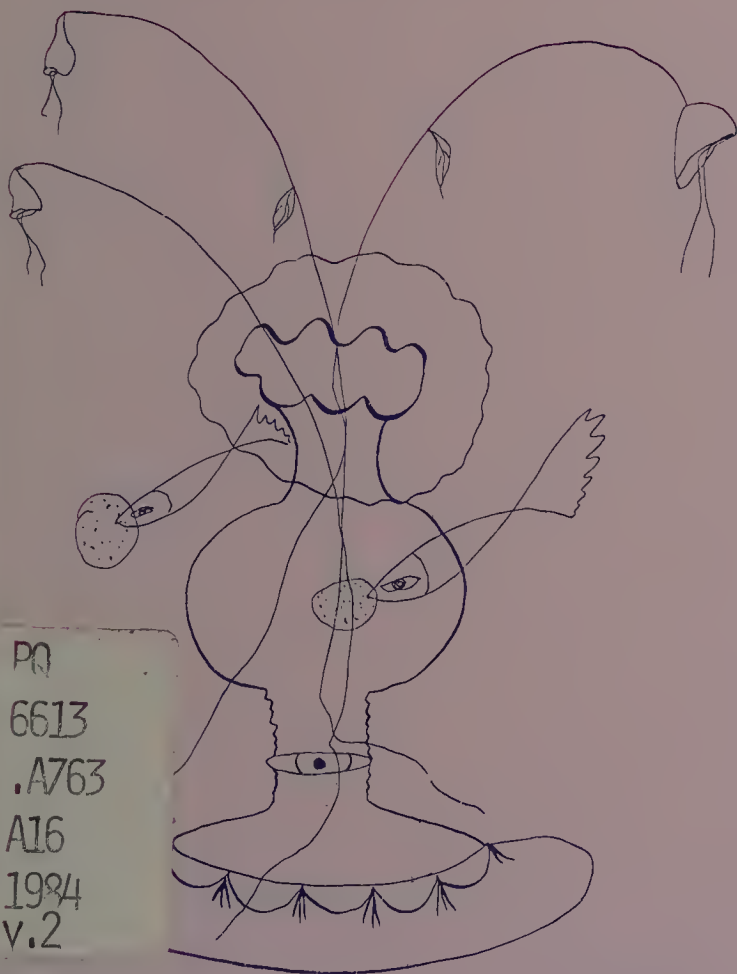
La lucha del ángel y el demonio estaba expresada de manera matemática en tu cuerpo.

Si los niños te vieran de espaldas exclamarían «¡La bruja, ahí va la bruja!» Si un muchacho ve tu cabeza asomada sola en una de esas diminutas ventanas de Castilla, exclamaría «¡El hada, mirad el hada!» Bruja y hada, fuiste ejemplo respetable de llanto y claridad espiritual. Todos te elogian ahora, elogian tu obra los críticos y tu vida tus amigos. Yo quiero ser galante contigo, en el doble sentido de hombre y de poeta, y quisiera decir en esta pequeña elegía algo muy antiguo, algo como la palabra *serenata*, aunque, naturalmente, sin ironía ni esa frase que usan los falsos nuevos, de «estar de vuelta». No. Con toda sinceridad. Te he llamado jorobada constantemente y no he dicho nada de tus hermosos ojos, que se llenaban de lágrimas con

el mismo ritmo [con] que sube el mercurio por el termómetro, ni he hablado de tus manos magistrales. Pero hablo de tu cabellera y la elogio, y digo aquí que tenías una mata de pelo tan generosa y tan bella que quería cubrir tu cuerpo, como la palmera cubrió al niño que tú amabas en la huida a Egipto. Porque eras jorobada, ¿y qué? Los hombres entienden poco las cosas y yo te digo, María Blanchard, como amigo de tu sombra, que tú tenías la mata de pelo más hermosa que ha habido en España.

FEDERICO GARCIA LORCA CONFERENCIAS II

Alianza Editorial



PQ
6613
.A763
A16
1984
v.2